

Cristina Gálvez ha muerto

Cristina Gálvez tenía una catástrofe. Por eso, las exposiciones simultáneas que realizó el año pasado en las galerías "Fórum" y "9", tuvieron para ella un cierto carácter culminante, de urgente exhibición pública de su trabajo. La catástrofe llegó, pero no precisamente como Cristina suponía.

Si hubo una cualidad que encarnó en Cristina, esa fue la justicia. Pocas artistas tan honestas, honestidad que el medio, educado en la conciliación, recibió muchas veces como agresividad o intolerancia.

Fue una mujer férrea en muchos sentidos. Férrea para su trabajo y su vida. Su producción misma expresaba

el temple aristado de su temperamento, lo que en nada contradecía y más bien complementaba su sentido del humor y de la ternura.

Para comprenderla inclusive en sus declaraciones políticas, hay que saberla como una persona fundamentalmente ética. Tomaba posición por sentido de la justicia, más que por clara y estricta formación ideológica.

La justicia estaba presente en sus pequeñas reacciones cotidianas.

Se recuerda su anécdota, poco trascendente por lo demás pero explícita, del asiento en el colectivo y el cura. Conversaba Cristina con un sacerdote y una mujer en el paradero, cuando se

detuvo un colectivo. Cristina subió, pero notó que la mujer se quedaba y el cura se acomodaba a su lado. Le increpó que la hubiese dejado sin viaje, a lo que se excusó el cura explicándole que ella le había cedido su sitio y que además tenía cosas muy urgentes que hacer. "Todos tenemos cosas urgentes que hacer, de todas maneras, está muy mal hecho"— remató Cristina.

Siendo su ideología plástica profundamente europea, formó parte de la Comisión de Arte del Instituto Nacional de Cultura que otorgó el Premio Nacional al retablista Joaquín López Antay. "Ah, formidable" le pareció la propuesta.

Era la misma Cristina Gálvez que cuando alumna de la Escuela Nacional de Bellas Artes, le rompió en las narices a José Sabogal un boceto que le acababa de corregir el maestro indigenista. Fierro contra fierro, Cristina no podía tolerar bridas.

Y como no pudo tolerar ni las de la ENBAP y menos las de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Católica optó por la única salida que se le permitía a sus ambiciones pedagógicas: la enseñanza particular.

Hay el deseo de seguir manteniendo el taller y de convertir las salas superiores en un museo dedicado a su obra. Ya es decisión de quienes guarden poder sobre sus bienes. Sería lamentable, eso sí, que se desatase enseguida la especulación dentro del mercado plástico local, pero esas son sus leyes, y las del sistema que habitamos.

Gracias a la galería "Fórum", que nos ha facilitado algunas diapositivas, podemos mostrar una selección de las últimas esculturas que exhibió en esa sala. Son sus animales míticos, sus caballos sobre todo. Paralelamente a esa muestra, la galería "9" expuso la serie de dibujos "Historia de un Río" que desembocaron en tres grabados que también formaban parte de la muestra.

En el taller quedan esculturas pequeñas, los dibujos para "La Ciudad y los Perros" de Mario Vargas, que le habían encargado ilustrar, y otros trabajos inconclusos. (L.F.)

